

Subjetividad, alteridad, paradigma del cuidado.

Silvia Gattino

Resumen

Nuestra cultura se forjó en el pensamiento del paradigma de la escisión, la disociación y las dicotomías. Aún hoy ecos de estas *creencias, imágenes y modo de pensar* viven en los nuestros, con ropajes distintos y actualizados. Así sentimos y percibimos a los otros y la Tierra en nuestras vivencias cotidianas. Ello ha construido histórica y colectivamente nuestra experiencia del mundo, reproduciéndose como patrones de cuidados desde el comienzo de la vida. ¿Y el paradigma del cuidado? Propone re-ligar, mirar la vida como comunidad viva desde el cuidado y respeto. *Una perspectiva holística donde el cuidado y el imperativo ético que conlleva, desde una visión ecológica, resignifica la Alteridad, en tanto relación con otros humanos y con el mundo.*

Abstract

Our culture was forged in the paradigm of division, dissociation, and dichotomies. Nowadays, echoes of these *beliefs, images, and ways of thinking* still live in ours, though updated and differently clad. That is how we feel and perceive others and the Earth in daily experiences. It has built up historically and collectively our experience of the world, being reproduced as care patterns since the beginning of life. And what about the paradigm of care? It proposes to re-bond, to look at life as a living community that is caring and respectful, a holistic perspective where care and the ethical imperative it involves, from an ecological view, gives a new meaning to Otherness as a relationship with other human beings and the world

Subjetividad, alteridad, paradigma del cuidado.

Silvia Gattino

“(…) *el cuidado del Otro integra decisiones que se traducen en políticas, normativas y resoluciones destinadas a lo colectivo, y también nuestras acciones cotidianas que construyen microespacios para los otros*”
(Dussel-Southwell, 2005:30)

¿Por qué y para qué habríamos de reunir las nociones enunciadas en el título de este artículo? ¿Por qué el Otro merece y debe ser cuidado? ¿Por qué el Otro y Yo merecemos dar y recibir cuidados? ¿Qué experiencias de cuidado –de sí, del Otro, del entorno, del ambiente- fundamentarían estas reflexiones?

Para empezar a responder estas cuestiones asumiendo la posible parcialidad y relatividad de la misma, es importante observar que nuestra cultura se forjó en el pensamiento propio del paradigma de la escisión, de la disociación y las dicotomías. D.Najmanovich (2012), nos habla de eso cuando en uno de sus ensayos acerca de la subjetividad en la era de la red propone la discusión en torno a las concepciones heredadas de una ética-estética de la disociación haciéndonos recordar que es con la Grecia de Platón que la experiencia del mundo empieza a ser la de la separación del sí mismo y de lo que a partir de allí, comenzó a llamarse el “mundo en sí”. Esta idea surge de una experimentación disociada que supone –e impone- un límite absoluto, fronteras rígidas, bordes muy definidos en lo que, por el contrario, simplemente sucede como una *experiencia vincular* con el mundo cuyas fronteras son fluidas y permeables. Esa experiencia del mundo, empezó a vivirse y reproducirse sostenida en la separación de realidad-apariencia, lo verdadero-lo falso, el ser y el devenir, la teoría y la práctica, el saber-episteme y la opinión (doxa), nosotros y los otros, el bien y el mal. El proceso histórico de aquel pueblo, que llevó a la unificación de territorios contra los denominados “bárbaros” se produjo por una expulsión de *lo distinto*, impulsado por el miedo a la alteridad, a la diferencia, al encuentro con ello, y la necesidad de identificarlo rápida y categóricamente: el extranjero, el enemigo, el conquistado, el bárbaro.

Aún hoy los ecos de estas *creencias, imágenes y modo de pensar* viven en los nuestros, con ropajes distintos y actualizados. Así seguimos sintiendo y percibiendo a los otros, a los diferentes, y así los seguimos pensado en nuestras vivencias cotidianas: desde y en categorías para “distinguir-nos y

diferenciarnos”, donde necesariamente el otro, yo, nosotros, son entidades que deben ingresar de manera mutuamente excluyente y claramente delimitados a cada una de esas categorías. Ese modo de sentirnos y sentir al otro, ha construido histórica y colectivamente nuestra experiencia del mundo. Pero no ha sido tan lineal, pues entre Platón, Aristóteles (con sus semejanzas y diferencias) y nosotros, no podemos dejar de mencionar, por ejemplo, a la impresionante herencia de Descartes con su duda cartesiana, redoblando la apuesta al pensamiento dicotómico: con él se “inventa” al sujeto de la modernidad, manteniendo las barreras derivadas del pensamiento griego, y otras más como: sujeto-objeto, cuerpo-mente, individuo-comunidad, hombre y naturaleza, ciencia y arte, afecto y pensamiento, civilización y barbarie.

Estas fueron, en conjunto, las claves de la Civilización Occidental. Un sujeto disociado, individuo racional desligado de su cuerpo, de los otros y de la naturaleza.

Dicha construcción colectiva subyace en nuestra experiencia del mundo y de los otros, de modo no tan implícito a veces, se expresa aún en nuestras creencias y representaciones acerca de cómo sentir e interactuar con otros seres. Si la vivencia así percibida es la de una experiencia no vincular, con bordes rígidos entre lo otro y yo, entre los otros y nosotros, *cuidar ¿de qué sirve?*

Se torna irrelevante ante el consumir y derrochar, el otro y la naturaleza serán mis instrumentos, mis recursos, mis objetos dado que soy sujeto racional, y su único significado legítimo será equivalente a conservar, defender, esto es, el polo conservador y resignado del concepto, ligado a emociones de impotencia y miedo: miedo al otro, miedo a no tener lo que logré, miedo a lo incierto y desconocido. En esta forma de vivenciar el cuidado desde creencias paranoicas a las que esta sociedad escindida nos ha arrinconado, el sentido común cotidiano sitúa al cuidado en el paradigma de la disociación, desde el significado del peligro y la desconfianza al otro, que por seguridad puede ser aniquilado, sus necesidades y derechos importan menos que lo mío, en el caso que las vea y las reconozca como tales, y en esa lógica escindida e identitaria que aún sostiene la realidad que construimos, el cuidado es solamente *cuidado de sí*, en términos de *cuidarme del otro*. Y cuidado de sí en términos de extraer irresponsablemente lo que necesito de la Tierra, que está ahí, infinitamente, para mí.

Desde este modo de sentir y pensar, no hay nada que cuidar si no lo justifica mi individual existencia y mi seguridad, por ende así entendida, la experiencia de cuidar o de ser cuidado es un acto privado, que legitima acciones, pensamientos y sentimientos de dominación. Desde el punto de vista vincular, respecto de las generaciones más dependientes, se percibe y reproduce como una responsabilidad familiar, centrada en las mujeres.

Estos supuestos han hecho crisis en la conciencia humana, que desde hace algún tiempo, dispar según las regiones del mundo que se trate, ha empezado a despertar ante los efectos de tanta devastación y anulación, aniquilación del semejante, y es ésa crisis y ése despertar, la semilla de un nuevo paradigma, del que aquí nos haremos eco: *el paradigma del cuidado*.

¿De qué nos habla el paradigma del cuidado? Propone re-ligar, propone mirar la vida como *una* y como comunidad viva. Habla de respeto, de justicia ecológica. Seres no sólo humanos, que tienen

derecho a ser respetados, incluidos en la sincronía de la vida misma, y con quienes, aún que no nos demos cuenta, interactuamos, convivimos, corresidimos, con igualdad de derechos. *Cuidado y respeto* nos conectan a nuestro centro y a la tierra, el otro se iguala a mí –y yo a él- en lo que tiene de ser vivo. Pero aún los seres inorgánicos (piedras, minerales, etc) por existir y formar parte de nuestra experiencia en este mundo, tienen derecho a ser respetados y cuidados. Aquí nos alejamos de la disociación, y promovemos la *reunión*, la unidad de lo diverso, la multidimensionalidad de la vida, de la existencia, de la experiencia humana y con el todo. Toro y Boff (2009) nos dicen que *“El cuidado constituye la categoría central del nuevo paradigma de civilización que trata de emerger en todo el mundo. El cuidado asume la doble función de prevención de daños futuros y regeneración de daños pasados. Saber cuidar se constituye en el aprendizaje fundamental dentro de los desafíos de supervivencia de la especie porque el cuidado no es una opción: los seres humanos aprendemos a cuidar o perecemos. El cuidado tiene múltiples dimensiones: cuidar de sí mismo, de los cercanos, de los lejanos, de los extraños, del planeta, de la producción, del consumo, etc. Como nuevo paradigma de la nueva civilización, conlleva modificaciones profundas en todas nuestras formas de ver y estar en el mundo. Es un cambio en todas las dimensiones políticas, económicas, culturales, sociales y espirituales”*

En tal sentido, la vinculación de los cuidados y las responsabilidades públicas, nos hacen pensar en nuestra cultura occidental y en el contexto latinoamericano, en una ética ciudadana ligada a los derechos y la responsabilidad de cuidar la vida, desde el ángulo ético-político y ecológico. Dice Boff (2000:39): *“la ética de la sociedad hoy dominante es utilitaria y antropocéntrica. El ser humano estima que todo se ordena a él. Se considera señor y patrón de la naturaleza, que está ahí para satisfacer sus necesidades y realizar sus deseos. (...) tal postura básica lleva a la violencia y a la dominación de los demás y de la naturaleza: no percibe que los derechos no se aplican sólo al ser humano y a los pueblos, sino también a los demás seres de la creación. Hay un derecho humano y social como hay un derecho ecológico y cósmico”*.

Parafraseando al mismo autor diré que la ecología social relaciona la injusticia social con la injusticia ecológica. Como el ser humano es parte del ambiente, la injusticia social camina paralela a la injusticia ecológica. Sin un mínimo de justicia social se hace imposible realizar la justicia ecológica, entendida en su sentido pleno. Una envuelve a la otra. Esto se pone de manifiesto en la exigencia que la ecología social hace a la solidaridad generacional. Siguiendo a Boff, las generaciones venideras tienen derecho a heredar una Tierra conservada y una biosfera sana. Los que vienen después de nosotros, los seres humanos y todos los demás seres de la creación, tienen derecho al futuro.

Así concebido el cuidado y el imperativo ético que conlleva se abre un halo de incertidumbre que puede incluso resignificar, desde una visión ecológica, la concepción de alteridad, por cuanto la misma no se reduce a la relación con otros humanos, sino que alcanza al mundo y los demás seres de la creación. *“Para una visión ecológica todo lo que existe coexiste. Todo lo que coexiste preexiste. Y todo lo que coexiste y preexiste subsiste a través de una tela infinita de relaciones inclusivas. Todo*

se encuentra relacionado” (Boff, 2000:22-23) En esta concepción, *la noción de alteridad ocupa un lugar central*, en la que toda vez que hablamos de dar y recibir asoma la presencia de Otro diferente a mí, no solamente humano, lo que quizás podría ser nombrado como *lo otro*. “Cada ser, especialmente los seres vivos, merecen ser reconocidos y también respetados en su alteridad(...)El hecho de que cada ser se constituya en otro, diferente de mí, es una exigencia ética para mí. Solamente el ser humano puede bendecir esta alteridad, convivir graciosamente con ella o atropellarla, y hasta perversamente destruirla. En eso reside su responsabilidad ética. Existen los derechos del ambiente y una justicia ecológica: todo tiene derecho a continuar existiendo, dentro del equilibrio ecológico. A ese derecho corresponde el deber del ser humano de preservar y defender la existencia de cada uno de los seres de la creación. Es lo que actualmente se llama `dignitas t rrea`, la dignidad de la tierra como un todo.(Boff,L. 2000:90)

Ahora bien, nuestras realidades de contextos sociales desiguales y prácticas desbastadoras del semejante y de la naturaleza, constituyen en sí mismas *nodos de vulneración en la organización social y ecológica de los cuidados*, generando condiciones de vulnerabilidad para algunos grupos de población, en particular: niñas/os, adolescentes y adultos mayores, así como para los ambientes que habitamos en este planeta, todo lo cual fue producto histórico de otro paradigma: extractivo y antropocéntrico.

Como señala Arriagada (2009), tal vez “(...) *una de las mayores dificultades reside en la escasa valoración cultural y económica que se adjudica al cuidado en la reproducción de nuestras sociedades, y por ende, a las dificultades existentes para otorgarle un status de derecho, respaldado en actos y tratados internacionales (...)*” Es por lo expresado que afirmo que las crisis de la organización de los cuidados es *ecológica*.

No se desprende tan sólo de una crisis de valores asumiendo un carácter moral, ligado a los afectos. No es solamente económica, ligada a la distribución de ciertos recursos necesarios para cuidar. Es esencialmente ecológica y centralmente política, atendiendo a su multicausalidad y a las multiformes y multidimensionales estrategias de afrontamiento, reversión y creación de otros modos de existencia en la cultura, en las que el Otro y lo otro no sean mis enemigos. Asimismo, es posible sostener que, en tanto experiencia, ello se vive subjetivamente como *eso que me pasa* con cuidar o ser cuidado, en esta cultura.

Pensar la cuestión del cuidado en el marco de las *percepciones que en torno a él se producen*, remite en primera instancia, a un reconocimiento del lugar naturalizado que éste ocupa en nuestro vivenciar cotidiano. De all  que un primer ejercicio crítico en torno a ellos implique deconstruir esa naturalización para pensar cuales son los condicionamientos socio-culturales, económicos y simbólicos que hacen que determinada sociedad, en un momento particular de su devenir, defina, categorice y clasifique cualquier práctica (sus significados, sus componentes, sus relaciones, etc.) de una manera específica. El modo de organización en torno a las impresiones del mundo relacionado con las prácticas del cuidado dan cuenta de las percepciones que los sujetos tienen de si y de los otros, socio-históricamente situados en el mundo. (Gattino, et.al, 2011:37)

Retomo lo propuesto en otro artículo de este número¹ en el que digo que las prácticas de cuidados (personales, familiares, entre pares, institucionales, ambientales) acontecen en procesos de subjetivación cotidianos, que suponen y remiten a vínculos y redes sociales. Es decir, los cuidados hablan de relaciones sociales, como tales, están insertos en relaciones de poder, articuladas asimétricamente, sea ya tras propósitos de vigilancia, seguridad, invisibilización, ocultamiento, conservación; sea ya como revelación de la trama social que crea las condiciones en que estas prácticas son posibles o inviables, según los actores y sus responsabilidades ante las mismas. Instalar los cuidados en tanto prácticas intersticiales es insertarlos como empíricamente se han entramado a las lógicas de la construcción de lo social por procesos tales como mercantilización, la mediatización, las legalidades jurídicas, las institucionalizaciones, la conflictividad, la afectividad, la moral, en tanto cotidianamente “afectan” lo que somos y nuestra configuración humana. De acuerdo con Borneman (1996), reivindicamos la prioridad de *un proceso ontológico: cuidar y ser cuidado*. Esto centra nuestro interés en las situaciones reales en las que las *personas experimentan dicha necesidad*, así como en las economías políticas de su distribución. “*El cuidar del otro es el origen y el resultado de la creatividad humana.*” (Borneman, 1996)

1. Cuidados: prácticas intersticiales y redes.

Como mencioné en capítulos anteriores, en los intersticios de las tramas sociales que hemos explorado y observado, emergen los cuidados como prácticas sociales específicas, concretas y singulares, expresándose conforme patrones culturales e históricos referentes al género, la generación, la clase, la etnia. Estos patrones de cuidados son transmitidos mediante procesos de socialización desde el comienzo de la vida, creando, gritando o acallando –según se trate– emociones y sentimientos en relación al Otro y su sentido, a lo largo de la trayectoria vital.

A la vez, la relación entre cuidados personales, familiares y sociales con el consumo, desplaza y enfoca la preocupación en las condiciones de producción de bienes y servicios que son requeridos para dar – recibir cuidados, así como los conflictos en su distribución y apropiación por parte de ciudadanos, actores reconocidos socialmente de acuerdo a sus capacidades económicas y culturales para convertirse en “consumidores”. Observé que en la trama de formas y prácticas de cuidados existen dos polos de sentido: uno resignado y conservador, y otro, liberador, resistente, transformador. La complementariedad de la vida integra ambos sentidos en prácticas y estrategias de reproducción social únicas, singulares, diferentes, a veces contradictorias, por lo que es imperioso, en las actuales condiciones del mundo global, en un estadio del capitalismo configurado como sociedad de consumidores, propiciar una reflexión más amplia acerca de qué significa cuidar a los otros, cuidarse a sí mismo, cuidar a la humanidad y al medio ambiente, y qué lugar tiene ese

¹ “*Cuidados, solidaridad para con la naturaleza y en las relaciones sociales: política, estrategia, arte y apuesta*”, de mi autoría, en esta publicación

cuidado en lo social cotidiano, constituyente de prácticas intersticiales.

En los modos de concebir al otro se entretajan las acciones, individuales y colectivas. El cuidado es parte del trabajo reproductivo, en la tensión entre hogar y trabajo extradoméstico, en la trama de hebras y vacíos que hacen a la red de trabajos o acciones en la sociedad para asistir, amparar, preservar, proteger la vida, o bien, lo contrario.

En consecuencia, miramos al cuidado como *conjuntos entramados de prácticas, de diversos actores sociales*, que existen y emergen en los espacios vacíos de tramas de vínculos y redes sociales de poder. Cuando en esos espacios, huecos, intersticios de las redes (a su vez, metáfora de los lazos entre los distintos *cuidadores*) no observamos -o no existen- acciones ya sean materiales o no materiales destinadas al cuidado del otro, de sí mismo y de sus ambientes, hablamos de una crisis que está ligada a la vulneración del derecho a ser cuidado que tienen todos los seres de la creación. En términos sociales, hablamos de ella como crisis de organización social de los cuidados, que implica o conlleva una crisis en la ecología de los mismos.

La cultura y el conocimiento actuales contribuyen a ocultar e invisibilizar estas prácticas intersticiales enlazadas, entramadas.. En particular, los cuidados suelen permanecer invisibles en su polo liberador, resistente, transformador, al manipular las condiciones de su posibilidad en las relaciones yo-tú-otro/s. Si ellas se hicieran visibles, los cuidados generarían acciones que dotarían de sentido al Otro desde el amor, el respeto, el disfrute, la reciprocidad, la felicidad, la inclusión, la confianza: la esperanza. El lugar del otro tiene que combinar el amor y la justicia.

El amor tiene que ver con la dinámica del dar, del preocuparse por el bienestar del otro sin esperar nada a cambio y es un amor más impersonal, amor al mundo y a los niños, como decía la filósofa Hannah Arendt (1996) La justicia, a su vez, se vincula a una dinámica del distribuir, de pensar en el reparto, de la reparación y de la igualdad de los seres humanos (Gattino, 2009: 225).

Sin duda que reflexionar acerca de estas nociones –constituidas por y desde significados naturalizados- moviliza nuestro pensar, sentir y hacer desde nuestras diversas *experiencias* como seres merecedores de cuidados. Toda nuestra experiencia de vida, construida colectivamente, heredada y/o resignificada, nos vincula a la visibilización o no de dichas prácticas intersticiales. Ligada, nuestra vivencia de cuidados, a procesos de socialización y aprendizajes, ellos son registrados como el resultado de muchos actos pequeños y sutiles, conscientes o inconscientes que no se pueden considerar que sean completamente naturales o sin esfuerzo. Las experiencias de cuidado implican un vínculo afectivo, emotivo, sentimental. Están basadas en lo relacional y no son solamente de carácter jurídico, establecidos por la ley, sino que también involucran emociones que se expresan en las relaciones familiares, al mismo tiempo que contribuyen a construirlas y mantenerlas. Entendido como deber para con el prójimo, que llega a transformarse en "preocupación" debido a la vulnerabilidad de su objeto, el cuidado habla a la vez de un deber moral y legal.

Precisiones en torno al Paradigma del Cuidado.

El mismo ofrece la posibilidad de abordar el debate desde *una perspectiva holística donde el cuidado y el imperativo ético que conlleva, desde una visión ecológica, resignifica la Alteridad, en tanto relación con otros humanos y con el mundo*. Este paradigma aporta una mirada crítica, al tiempo que constituye un desafío a la propia racionalidad vigente en la cultura y la política. Un campo para ilustrar sería, por ejemplo, el de las políticas públicas, las que siendo fruto de contextos sociales, históricos y culturales específicos, acaban reproduciendo prácticas necesarias de superar. Asimismo, interpela y permite replantear el convencional concepto de “protección social” -sostenido aún con variantes históricas y conceptuales en dicho campo- siendo la protección tan sólo una de las dimensiones del cuidar. Admite también la posibilidad de ser enfocado como “derecho” en sí mismo y de manera multidimensional: *el derecho a ser cuidado, a cuidar de sí mismo, de los otros, de todo lo que existe, a decidir si se quiere cuidar o no y en qué condiciones*, apartándonos del antropocentrismo acostumbrado en nuestra cultura. Un dilema para las estrategias de intervención y los enfoques de las políticas actuales: cuidar del ciudadano y del ambiente a la vez, como un todo. Una visión holística sobre la cuestión mediante la cual hemos construido (y deseo aportar aquí) la noción de *ambiente* no solamente como entorno natural², es más que el contexto social o el entorno próximo: *es eso, y también toda la red de objetos, condiciones, lazos sociales, aspectos naturales existentes en ese aquí y ahora de la vivencia del actor que le hacen posible ser, percibir la totalidad y percibirse a sí mismo, decir y hacer*.

Todo ello se configura a partir de ciertos núcleos figurativos de los discursos sociales, anclados en las representaciones individuales o colectivas de los actores, según cómo, cuánto y cuándo participa en esas redes o mallas reales y simbólicas que nombramos como el territorio cultural de cuidar y ser cuidado, que define históricamente cierta “organización social de los cuidados”.

Atender cuáles son y cómo se expresan las representaciones y las prácticas del cuidado en nuestra cultura³, nos permitirá reconocer *modos y procesos de constitución del pensamiento social por medio del cual las personas o grupos tienden a tomar posición o actuar* ante estas cuestiones, generalmente naturalizándolas. Para ello resulta necesario detenernos particularmente en las representaciones sociales, porque de ese modo accedemos a las explicaciones que los sujetos extraen de los procesos de comunicación y del pensamiento social, y porque hacen referencia a un tipo específico de conocimiento, cómo la gente piensa y organiza su vida cotidiana: *el sentido común* (Araya Umaña, 2002)

El concepto de representación alude a sistemas cognitivos: estereotipos, opiniones, creencias,

² Para una discusión más específica de los debates entre ambiente y naturaleza, remito al siguiente artículo “*Cuidado y Ambiente: reflexiones en torno a la existencia*” de Andrea Milesi, en esta publicación.

³ Considerando a la cultura como el entramado de significaciones compartidas que orientan las prácticas, y hacen inteligible la experiencia (Geertz, 1995) consideramos necesario acceder a ese universo simbólico para dar cuenta de la problemática hasta aquí expresada.

valores y normas. Sistemas de códigos, lógicas clasificatorias. Principios interpretativos y orientadores de las prácticas. Definen la conciencia colectiva: límites y posibilidades de la forma en que hombres y mujeres se relacionan, actúan e interactúan. (Araya Umaña, 2002)

Nos interesan de modo particular las *representaciones sociales acerca del cuidado de sí, de los otros, y del ambiente, así como sus interrelaciones en la dialéctica cuidar- ser cuidado*. Proponemos pensar y reconocer al cuidado dentro de marcos relacionales, donde se asuma a los sujetos receptores de cuidado (en nuestras observaciones, adolescentes y adultos mayores), pero también a los cuidadores y las condiciones del cuidado (las que forman parte del ambiente). En tal sentido, nuestras concepciones teóricas, epistemológicas, metodológicas, ingresan también al territorio de las representaciones siendo nosotros un actor más en dichas redes.

¿Qué significa cuidar? ¿Quiénes deben ser cuidados? ¿Por qué y para qué cuidar? ¿Cuáles son las sensaciones de los sujetos en relación a sus experiencias cotidianas de cuidado? ¿Cómo registran la ausencia de cuidados y cuidadores en su experiencia? ¿Quiénes y en qué condiciones deben actuar como cuidadores?

¿Cuáles son las representaciones sociales en torno a las que se configura la organización social de los cuidados vigente en nuestra cultura? Cuidado ¿como control, o como liberación, autonomía y crecimiento? Cuidado ¿en contra de, como defenderse de algo o alguien o como solidaridades y entramados de protección de la vida?

Rastrear las huellas que dejaron en nosotros estos interrogantes nos aproximó al Paradigma del Cuidado, nutriendo desde él nuestra mirada en la lectura de los procesos observados.

Cuidar de sí, de los otros y del ambiente.

*Hemos llegado al momento histórico en que el problema ecológico
nos demanda tomar conciencia a la vez
de nuestra relación fundamental con el cosmos y de nuestra extrañeza.*

*Toda la historia de la humanidad es
una historia de interacción entre la biosfera y el hombre.*

(Edgar Morin, 1996:7)

Toda vez que busquemos comprender creencias o representaciones llegamos a sus raíces en los confines de un paradigma. Corrientemente cuando se hace referencia a un paradigma se lo asocia con un cuerpo de ideas, teorías, o simplemente modelos que orientan el quehacer en diversos ámbitos. A partir de Thomas Kuhn y su célebre ensayo *La estructura de las revoluciones científicas* (1970), se impuso la noción de paradigma como el conjunto de teorías y prácticas que estructuran a una disciplina científica en un momento histórico determinado.

E. Morin (1996) por su parte, propone dar al término «paradigma» el siguiente sentido: *la relación*

lógica entre los conceptos maestros que gobiernan todas las teorías y discursos que dependen de él. Así, el gran paradigma que ha regido la cultura occidental durante los siglos XVII al XX desune el sujeto y el objeto, el primero remitido a la filosofía, el segundo a la ciencia, y, en el marco de este paradigma, todo lo que es espíritu y libertad depende de la filosofía, todo lo que es material y determinista depende de la ciencia. Es en este mismo marco donde se produce la disyunción entre la noción de autonomía y la de dependencia. La autonomía carece de toda validez en el marco del determinismo científico y, en el marco filosófico, expulsa la idea de dependencia. El autor propone un pensamiento ecologizado que reúna lo aparentemente escindido o fragmentado.

Ahora bien, el pensamiento ecologizado debe necesariamente romper este paradigma y referirse a un paradigma complejo en el que la autonomía de lo viviente, concebido como ser auto-eco-organizador, es inseparable de su dependencia.

Entiendo que el paradigma del cuidado propuesto por el teólogo, filósofo, escritor, profesor y ecologista brasileño Leonardo Boff, y el filósofo y educador colombiano Bernardo Toro interpela nuestra responsabilidad desde el cuidado y la compasión con los demás seres desde un pensamiento ecologizado, en los términos de E. Morin.

Dicen los autores que *“nos encontramos hoy frente a una gran paradoja: al mismo tiempo que estamos creando todas las condiciones para la desaparición de la especie humana, hemos creado todas las condiciones para hacer posible el relacionamiento y el encuentro global como especie. Amenazamos la supervivencia y al mismo tiempo fortalecemos los medios de convivencia y comunicación (...) Estando en riesgo la supervivencia humana debe ser un paradigma de especie, que fundamente una nueva forma de ver el mundo (cosmovisión) frente al cual se diluyan todas las discusiones ideológicas, de fronteras y nacionalidades.*(Boff y Toro, Op.Cit)

El cuidado de la vida misma tiene su expresión en diversas dimensiones claramente interrelacionadas: el cuidado de sí, el cuidado del otro y el cuidado del ambiente. Veamos con más detenimiento cada uno de estas dimensiones.

El *cuidado de sí* alcanza al ser humano en su expresión psico-física y espiritual. Tradicionalmente se ha insistido en la dimensión intelectual como la más valiosa y duradera, pero desde este paradigma el cuerpo recupera protagonismo, en tanto sustrato que posibilita la existencia.

El *cuidado del otro*, que puede ser próximo o distante, muy semejante o muy diferente. La especie humana es gregaria por naturaleza. Desde que llegamos al mundo necesitamos del otro para sobrevivir. Las características individuales básicas de la naturaleza humana sólo se despliegan en la convivencia con otros, a través de la vida en sociedad. Al mismo tiempo no puede desconocerse la existencia de desigualdades que afectan a diversos grupos poblacionales. Por ello es necesario que dentro del cuidado del otro los sectores más vulnerables se constituyan en foco de nuestra atención. *“El cuidado de los pobres, oprimidos y excluidos (...) supondrá, lejos de un paternalismo asistencialista, una toma de conciencia que lleve a la superación de “la explotación del ser humano y la explotación de la Tierra”, lo que conlleva el cuidado por la dignidad de la vida, que sólo puede partir de un sentimiento de amor y solidaridad con los que se encuentran excluidos, oprimidos o en*

situación de pobreza (Boff y Toro, 2009)

El *cuidado del ambiente*, considerado a partir de un desplazamiento de cosmovisiones antropocéntricas hacia una visión que tome como eje central la vida misma. Impone la necesidad de enfrentar la crisis ecológica que observada en toda su plenitud es social, afecta al mismo modelo civilizatorio. El padecimiento planetario lleva a que dos terceras partes de la humanidad no consigan lo necesario para su sustento. Se impone la necesidad de un cambio trascendental. Procurar *un tipo de práctica cultural no consumista, respetuosa de los ritmos de los ecosistemas, que inaugure una economía de lo suficiente para todos y propicie el bien común, no sólo a los humanos sino también a los demás seres de la creación.* (Boff, L. 2006)

La idea "Gaia" re-personaliza la Tierra. Y esto es tanto más interesante cuanto que, desde hace veinte años, *es todo el planeta Tierra el que aparece como un ser vivo*, no en el sentido biológico, con un ADN, un ARN, etc., sino en el sentido autoorganizador y autorregulador de un ser que tiene su historia, es decir que se forma y se transforma manteniendo su identidad. Las ciencias de la Tierra confluyeron en los años 60 en una concepción sistémica de la unidad compleja del planeta Tierra. E. Morin (1996) nos dice que "Los problemas fundamentales son planetarios, y una amenaza de orden planetario planea ya sobre la humanidad. Debemos pensar en términos planetarios no solamente con respecto a los males que nos amenazan, sino también con respecto a los *tesoros ecológicos, biológicos y culturales que hay que salvaguardar: la selva amazónica es un tesoro biológico de la humanidad que hay que preservar, como, en otro plano, hay que preservar la diversidad animal y vegetal, y como hay que preservar la diversidad cultural, fruto de experiencias multimilenarias que, lo sabemos hoy, es inseparable de la diversidad ecológica. Más rápidamente y más intensamente que todas las otras tomas de conciencia contemporánea, las tomas de conciencia ecológica nos obligan a no abstraer nada del horizonte global, a pensarlo todo en la perspectiva planetaria. Al mismo tiempo, nos vemos llevados a replantear el problema del desarrollo rechazando la noción tan grosera y tan bárbara que ha reinado largo tiempo, cuando se creía que la tasa de crecimiento industrial significaba desarrollo económico y que el desarrollo económico significaba desarrollo humano, moral, mental, cultural, etc. (cuando, en nuestras civilizaciones llamadas desarrolladas, existe un atroz subdesarrollo cultural, mental, moral y humano). Se ha querido prescribir este modelo a los países del tercer mundo. El término desarrollo debe ser enteramente repensado y complejizado. Estamos en el momento en que el problema ecológico se vincula con el problema del desarrollo de las sociedades y de la humanidad entera"*

Al cierre, insistiré una vez más que cuidar de sí, de los otros y del ambiente forma parte del conjunto de registros de una experiencia cultural, en la que vamos dejando huellas mientras intentamos rastrear, caminar o alejarnos de las huellas de otros, forjando una complejidad de sentidos y representaciones socialmente construidas y, paradójicamente, naturalizadas e invisibilizadas en nuestro pasaje por la vida, *todo lo cual nos hace sentir cuidados o vulnerables –según se trate- en consecuencia, así autopercebirnos y mirar al Otro.*

Bibliografía.

- Araya Umaña, Sandra.(2002) *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. Cuaderno de Ciencias Sociales 127- FLACSO, Sede Académica Costa Rica.
- Arendt, H. (1996) "El concepto de Historia: antiguo y moderno", "La tradición y la época moderna" y "La crisis en la educación". En: *Entre el Pasado y el Futuro*, Barcelona. Península.
- Arriagada, I.,(2009) *La crisis de cuidado y la protección social: género, generaciones y familia en la encrucijada*. Documento Síntesis de los intercambios y debates del Foro realizado entre el 29 de Junio y el 6 de Julio de 2009.División de Desarrollo Social, Santiago de Chile, Julio de 2009. http://sws.eclac.cl/wb/default.asp?boardid=agenda_social_2009&style=WebBoard
- Boff Leonardo. (2000) *La dignidad de la Tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad. La emergencia de un nuevo paradigma*. Madrid. Edit. Trotta.
- Boff, Leonardo. (1996)*Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. 4ª edición. Madrid: Trotta,
- Borneman, John (1996) "Cuidar y ser cuidado: el desplazamiento del matrimonio, el parentesco, el género y la sexualidad". <http://www.unesco.org/issj/rics154/bomemanspa.html>
- Bleichmar, S. (2005) "Modos de concebir al Otro". *Rev. Monitor*, 4, 5º Época, p. 34.
- Dussel, I.-Southwell, M.(2005) "En busca de otras formas de cuidado". *Rev. Monitor*, 4, 5º Época, p. 30.
- Gattino, S. (2009) "Ecología del cuidado, prácticas intersticiales y responsabilidades públicas: el arte de crear dignidad humana". En: Wester, J.; Romero, E.; Michelini, E. y Zavala Editores. *Dignidad del hombre y dignidad de los pueblos en un mundo global*. Río Cuarto, Córdoba. ICALA, pp. 225-230
- Gattino, Silvia; Luciana E. Guevara; Rosana Isoglio; Graciela Lanza Castelli; Teresita Lungo; Marisa Perticarari- (2011) *Cuadernos de trabajo serie investigación Nº 2 "¿Qué significa cuidar? actores, discursos, sentidos y voces en torno a los adolescentes : reflexiones de diversos trabajos de campo"* 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Geertz,C.(1995) "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la Cultura", en *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona.
- Morin, Edgar (1996) "El pensamiento ecologizado". Fuente: *Gazeta de Antropología Nº 12*, http://www.ugr.es/~pwlac/G12_01Edgar_Morin.html y www.pensamientocomplejo.com.ar - CNRS, París
- Najmanovich, Denise (2012). "Las concepciones heredadas: la ética-estética de la disociación", en el curso virtual *La subjetividad en la era de la red. El vivir humano entre lo singular y lo común*. Agosto-diciembre. URL: www.educampogrupal.com.ar
- Toro,B- Boff,L (2009) "*Saber cuidar: el nuevo paradigma ético de la nueva civilización. Elementos conceptuales para una conversación*". Bogotá y Petrópolis. http://seminarioelcuidado.net/?page_id=310